HISTORIA Y PATRIMONIO*



Carlos González Batista

Nacido el 24 de julio de 1952 en la isla de La Palma, archipiélago de Canarias, España, emigro desde los 4 años donde fue traído a Venezuela por sus padres que migraron a tierras de paraguaná. Historiador, Profesor Titular de la UNEFM. Fue Director-Fundador del Archivo Histórico de Falcón, y Jefe del Centro de Investigaciones Históricas "Pedro Manuel Arcaya" de la citada Universidad. Entre 1986 y 1992 fue Consejero en la Comisión de Ciencias Sociales y Humanísticas del CONICIT.

Fue Vicepresidente de la Sociedad de Amigos del Museo Diocesano, directivo del Museo de Arte Coro y Asesor del Museo de Arte Colonial de Mérida. Fue Individuo de Número del Centro de Historia del Estado Falcón, y fue distinguido con el Premio Municipal de Historia. En 1991 obtuvo la Mención Honorífica del acreditado Concurso Anual "Francisco González Guinán" auspiciado por la Academia Nacional de Historia. En 1992, agraciado con una Beca para Hispanistas del gobierno español, pudo investigar en diversos archivos peninsulares, incluyendo el Archivo General de Indias. En 1997 fue seleccionado por el Gobierno de la Unión Europea para el acreditado Europe Union Visitors Programme.

Más de veinte años antes de su fallecimiento, inició su lucha por la conservación del patrimonio histórico del Estado Falcón. Redactó en 1992-1993 buena parte del Informe remitido a la UNESCO en solicitud de decretar a Coro y La Vela Patrimonio de la Humanidad. Su actividad en este campo se inició cuando muy pocos se preocupaban por preservar el patrimonio arquitectónico que hoy enaltece a Coro.

Fue asesor del Concejo Municipal para su Zona Histórica entre 1982 y 1984, miembro principal de la Junta Regional del Patrimonio, y uno de los directivos de la Corporación "Mariano de Talavera" hasta su renuncia en marzo de 1996. Publicó cerca de veinte libros y folletos, aparte de numerosos artículos en la prensa local y nacional, e investigaciones en revistas especializadas. Precisamente, tres de esas publicaciones fueron de tema paraguanero: su Historia de Paraguaná, publicada en 1984 bajo los auspicios de la Asamblea Legislativa del Estado Falcón; Paraguaná (con Gasparini y Margolies), de 1985, donde se abordó el tema de la arquitectura popular peninsular; y Paraguaná / Una hoja de historia, con dos ediciones de LAGOVEN (1987 y 1991), Documentos para la Historia de las Antillas Neerlandesas (1997), Tierras de Falcón Paraguaná (1999), El nombre de Coro (2005), entre otros. Fue miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia por el estado falcón. Falleció el 21 de enero del 2014 en Coro.



Guia General de Venezuela, 1929. Coro Colonial: La casa de "Las Ventanas de Hierro".

Hace más de una década recibimos, a través de un oficio del presidente de la Junta Nacional de Patrimonio, copia de una misiva, donde el arquitecto encargado de la restauración del Balcón de Bolívar, monumento coriano del siglo XVIII, contestaba nuestra denuncia sobre los errores en que a nuestro juicio se había incurrido durante la segunda fase de aquellos trabajos. La carta donde el arquitecto intentaba refutar nuestra denuncia, concluía con una frase castiza y lapidaria: "zapatero a tus zapatos". La historia, para aquel profesional, pareciera que nada tenía que ver con la restauración monumental, ni con la arquitectura en tanto valor patrimonial.

Los sucesos de todos estos años nos advierten que para muchos arquitectos e ingenieros el historiador es una especie de intruso en los procesos restauratorios, así como en la política patrimonial, y en el mejor de los casos una suerte de personaje subalterno que brinda información como lo hacen las páginas amarillas de la telefónica, o tal vez como esos personajes de las novelas de Gallegos llamado con diminutivos, que están allí para hacer mandados, generar sonrisas y temperar el drama.

Como la zapatería sigue abierta y el zapatero remendón sigue mirando de reojo los monumentos que lo rodean, conviene saber que tienen los zapatos del historiador que le impide entrar en lo monumentos, que son tanto historia como arquitectura, precisar cual pueda ser su andadura una vez en ellos, en fin, saber si puede o podrá algún día cerrar la tienda, aún sin el beneplácito del Olimpo.

*Este artículo fue publicado originalmente en VERSIONES, revista de historia y ciencias sociales, edición nº 3, Coro, año 2000.

Los historiadores y la conciencia patrimonial

El historiador Rafael domingo (o "R. D." como prefería presentarse) Silva Uzcátegui, en el segundo tomo de su largamente preparada summa sobre el estado Lara que es la Enciclopedia Larense , impresa en 1942, al examinar el caso de la iglesia de la Concepción en Barquisimeto lamenta , o mejor , denuncia: "la manía [son sus palabras] de ir sustituyendo todas esas obras de arte que debieran conservase como reliquias valiosa de las generaciones que nos precedieron, y se ponen en lugar de aquellas, otras que se creen superiores porque son más costosas…"(SILVA, Rafael Domingo. Tomo II, 1942) [1], y concluye exclamando: "que falta nos hace en Venezuela una ley de monumentos históricos para hacernos respetar la tradición "(SILVA, Rafael Domingo. Tomo II, 1942) [2]. Teniendo presente el largo proceso de investigación que lo llevó a escribir y publicar su Enciclopedia podríamos asumir sin mucho riesgo que estas ideas estarían ya en Silva Uzcátegui durante los años treinta.

Siendo diputado por el estado Lara (1939-1943) promovió el interés por la conservación del patrimonio, redactando el anteproyecto para la Ley sancionada en 1945 sobre la Protección y Conservación de Antigüedades y obras Artísticas de la Nación, la cual creaba además la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico. Dicha ley, sancionada por el general Isaías Medina Angarita [3], fue, con todas las fallas y observaciones que se le puedan hacer y que en efecto se le hicieron con mayor o menor razón a lo largo del tiempo, el único instrumento legal que rigió en la materia hasta hace poco. En los años que siguieron a la creación de la junta, Silva Uzcátegui, nombrado presidente de la misma por el gobierno provisional de Wolfgang Larrazábal, pudo presenciar entre 1958 y 1969 cómo desaparecía el patrimonio histórico – artístico de muchas iglesias de Venezuela, semidestruidas y vaciadas de su contenido mueble durante los llamados procesos de restauración . Comprobaba así en carne propia que l magnitud de la problemática patrimonial desbordaba los alcances de la ley, y que la justa regional a pesar de aquel logro, en realidad carecía de un instrumento viable que hiciese respetar sus decisiones. El testimonio crudo de tal situación queda expresado en su imprescindible y casi inencontrable folleto titulado La Restauración de Monumentos Históricos en Venezuela (SILVA, Rafael Domingo.1969) [4].

Cuando el arquitecto Carlos Raúl Villanueva editó en 1950 La Caracas de Ayer y Hoy, explica entusiasmado los alcances de su proyecto para El silencio, ya para entonces ejecutado. No se extiende ni repara en las consecuencias negativas de una modernidad desasida del contexto urbano para la conservación de lo mucho que de valioso aún poseía la ciudad. Quien se queja de las demoliciones en es el historiador Carlos Manuel Möller, autor del capítulo "Caracas, ciudad colonial", publicado así mismo en el libro de Villanueva. Sin quererlo, Möller estaba redactando también el epitafio de aquella ciudad. Sin embargo, lejos estaba el historiador de suponer que a las demoliciones sensible pero puntuales

que enumera, sobre vendría más temprano que tarde una demolición inmisericorde de la ciudad antigua, que dejaría de ser "colonial" en un proceso que inicia precisamente Villanueva con su proyecto. El mismo arquitecto lo admitirá años más tarde cuando reedita una edición ampliada del mismo libro, al decir: "… si conservo lo que publiqué sobre "el Silencio "es porque fue la iniciación de la trasformación urbana que unas veces para mal y otras para bien a sufrido y siguen sufriendo Caracas ". (VILLANUEVA, Carlos et al. Caracas. 1966, p.10). [5]. En 1966, cuando la destrucción se había consumado, se queja el arquitecto: "Ningún sentimiento histórico ni tampoco religioso ha prevalecido antes la destrucción de nuestro pasado colonial" (VILLANUEVA, Carlos et al. Caracas. 1966, p.10) [6].

Los escritos de Möller, quien, si mantuvo una sistemática defensa de aquellos valores, rezuman como no podía ser menos, amargura e impotencia ante tanta destrucción. La retórica al uso no oculta empero la verdad de su sentimiento: "… casonas caraqueñas , sillares de nuestra patria, ideas unas en pos de otra , para los que os conocimos nidos de silencio y paz , austeras y sencillas , "revestidas siempre de majestuosa dignidad " , holgadas para toda grandeza , cuánta tristeza sentimiento al ver que no solamente se derriban vuestro muros venerables, sino se borran los simbólicos cimientos en que descansasteis , removiéndose el suelo, , botándose esa tierra bendita por oraciones y lágrimas , sacrificio y heroísmo virtudes del hogar cristiano. Hasta la memoria de vosotras se va perdiendo…" (VILLANUEVA, Carlos et al. Caracas. 1966, p.50). [7].

Llama la atención que un hombre tan preparado en materia de la arquitectónica y urbanística, y tan consciente aquel patrimonio que desaparecía a la posta, aparte de rememorar sus elementos como notas a pie de página, o de repensarlo a la luz de la modernidad, no propiciara de una forma más activa su preservación. El urbanista francés Maurice Rotivar, quien acompaña el texto original de 1950 con otro capítulo, ilustra la enorme inconsecuencia histórica del proyecto general para Caracas. La intención salta a la vista en frases como esta, frases dichas junto a las lágrimas de Möller:"…la ciudad está en pleno movimiento. Pero lo importante […] es que se ha tenido la audacia de llevar la dinamita y el bulldozer al centro mismo de ciudad y atacar resueltamente el problema urbano" (VILLANUEVA, Carlos.1966, p.18.). [8]. El caos urbano de una ciudad sin memoria, la ranchificacion, la delincuencia desbordada y la contaminación de una urbe concebida en función del desaforado flujo vehicular, son hechos que parece contestar después de cinco décadas el entusiástico título del capítulo de Rotival: "Caracas marcha hacia adelante". De hecho, la destrucción inmisericorde de la Caracas antigua había sido prevista cuando menos desde 1939, y ese proyecto urbano fue el espejo en que se miraron hasta fechas más bien recientes todas las capitales de la provincia venezolana. La reedición de 1966 del libro de Villanueva es también un ambiguo mea culpa, donde se entrecruzan el talento pero también la inconsecuencia de Villanueva antes los valores patrimoniales que documentan y admiran, el dolor de Möller acendrado en el sentimiento de la historia, o de la ciudad destruida pero viva en su memoria, y el discurso de Rotivar, absolutamente adventicio pero mortal.

Möller, historiador, profesional de la historia de la arquitectura en la Universidad Central de Venezuela, ante el empeño destructivo de dictadura no pudo lograr mayor cosa, baste con decir que hasta el mismo edificio del Museo de Arte Colonial de Caracas fue derribado. La conservación se contraía a ciertos monumentos puntuales, y mientras seguían demoliéndose en Caracas

joyas mayores de nuestra arquitectura civil, se decretaba su protección allí donde no molestaban a los planes gubernamentales, como en el lejano Coro, por ejemplo ((VILLANUEVA, Carlos.1960). [9].

La labor de los historiadores en toda Hispanoamérica en la defensa, promoción y restauración del patrimonio ha sido crucial en el siglo xx. En México José Iturriaga fue el pionero en esa áspera labor de sensibilizar sobre el deterioro y la destrucción del patrimonio, seguido en años recientes por la actividad de otro historiador, agudo critico de ese afán demoledor, que es Guillermo Tovar De Teresa. Iturriaga propuso en mayo de 1963 un proyecto de rescate para el centro histórico de la Ciudad de México (ITURRIAGA. José. 1993, pp.62-64). [10], el primero en su género. En Puerto Rico, a otro historiador, don Ricardo Alegría, puede calificársele con justicia como el salvador del Viejo San Juan, hoy atractivo turístico de primer orden, como lo es Ciudad de México, aparte de lo que ha representado para la promoción del ser y la cultura puertorriqueñas. En Bolivia descuellan la actividad desarrollada por José de Meza y Teresa Gisbert. En Cuba ha sido otro historiador igualmente destacado, Eusebio Leal Spengler, quien dirige el proceso de restauración de la Habana. Sólo citamos algunos nombres, pero la importancia de la labor llevada a cabo por los historiadores en la salvaguardia patrimonial ha sido indestructible, junto a su contribución al estudio y mejor conocimiento de las ciudades y pueblo históricos.

Los estudios de restauración monumental y los historiadores

El Centro Internacional de Estudio para la Conservación la Restauración de los Bienes Culturales (ICCROM), creado en 1959 por la UNESCO, es, como él mismo se define: un organismo científico, intergubernamental y autónomo (ICCROM. Editrice, p.3). [11]. Sus cursos de conservación son dictados en la universidad de Roma, en el seno de la Scuola di Specializzazione per lo Studio e il Restauro dei Monumenti. A dicha enseñanza son admitido arquitecto, ingenieros civiles, historiadores de arte arqueólogos; el pensum es común, y los estudiantes más relevantes pueden optar a una maestría en la universidad de York, en Inglaterra. En el acreditado Centro para la Conservación de Edificios y Poblaciones Históricas “R. Lemaire”, de la universidad católica de Lovaina, uno de los mejores de Europa, ocurre otro tanto. Allí, los historiadores de arte, arqueólogos, ingeniero civiles y arquitectos se especializan en conservación monumental, en una maestría que dura dos años. El centro “R. Lemaide “no solo acepta, como hemos visto, a los historiadores del arte en sus cursos, sino que lleva el nombre de su fundador, un historiador, que participó activamente en restauración y hasta en planificación urbana durante años (ARGAN, Guilio.1984, p.83). [12]. El centro “R. Lemaire “está adscrito al Departamento de Arquitectura y Planificación Urbana de la Facultad de Ingeniería de aquella Universidad.

Debemos señalar que hace pocos años la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda (UNEFM), creo en Coro un posgrado en preservación de edificaciones históricas, aunque este curso está reservado exclusivamente a ingenieros y arquitectos, lo cual no deja llamar la atención, sobre todo si se tiene presente que el pensum no contempla la diferencia sensible con respecto al dictado por el ICCROM. Para nosotros este hecho no es nada gratuito. Quede claro sin embargo que en la generalidad de los cursos que existen a nivel internacional sobre restauración, en alguno de ellos sumamente acreditado, son admitidos tanto los historiadores de arte como los arqueólogos.

El historiador y el monumento

Si al menos pudiésemos saber dónde termina la historia y comienza la arquitectura podríamos cumplir nuestro trabajo sin salir de la tienda, pero un monumento es historia y arquitectura, y lo es de un modo eminente y a la vez inextricable. Si se me apura, me atrevería a decir que, en esa relación, o mejor comunicación absoluta de historia y arquitectura, el monumento es más historia del arte que arquitectura, pues no se sitúa tanto en la práctica ordinaria del arquitecto como en una relevante instancia histórica-artística. Muchas veces se habla de "revitalizar "el monumento por que se piensa maquinalmente que darle en uso es devolverlo a la vida, y si bien darle un uso adecuado es un objetivo deseable en sí, se descubre en la propuesta una equivocación de fondo. El edificio de valor histórico participa de una vida muchísimo más densa y significativa que el grado o modo vital que se requiere imponer, que no es sino uso o función, la cual pudiera cesar en cualquier momento, y que es generalmente distinta a la original.

En tal concepto observamos, como tantas otras veces en restauración, los resabios del consumismo: el monumento es un recipiente, como la lata de sopa que debe llenarse de sopa para ser eso: una lata de sopa. Si algo se vacía el recipiente se desecha. Aquí actúa tanto la incomprensión sobre el verdadero significado del monumento como la práctica ordinaria de quien pretende asimilar el monumento pro domo sua. Bajo el uso impuesto subyace, rumoroso, un contenido vital tan poderoso q asume de inmediato ese uso, como un capítulo más en su largo desgarro histórico.

Quiere decir esto que la práctica arquitectónica sólo puede o debe tener lugar en tanto en cuanto la historicidad y la artisticidad del monumento sean asumidas, y en ese ámbito: savia y un pulso del monumento, es donde el arquitecto actuara describiendo su discurso, que debe ser en primera instancia reflejo de la comprensión profunda de esa realidad. El proceso no es a la inversa: traducir al monumento a, los términos del propio discurso, a una poética personal, mecanismo proclive

a intervenciones arbitraria, que extraen al monumento de su ámbito y que solo lo utilizan como pretexto para hacer arquitectura" confirma". Con frecuencia la calidad artística del monumento es ignorada en aras de la capacidad artística presunta o real del arquitecto. La restauración, por el contrario, debe conducir a una práctica humilde, pero sabía, la complejidad inherente al proceso debe traducirse en la descripción dictada por el ser mismo del monumento, allí el oficio debe ponerse en función de este último de su propia singularidad. A ellos se accede por la vía del conocimiento, y por esto resulta esencial la tarea del historiador de arte.

El monumento como otredad, como distancia, el bloque de historia en sentido tradicional, el témpano, de vienen en fuente, en agua fluyentes, y conecta con su vitalidad profunda, con la corriente donde se expresa a cabalidad su sentido y significación.

Lo que está en juego no otra cosa que dos conceptos muy distintos de la historia, uno de ellos, a nuestro juicio, bastante desfasado y discriminatorio que pretende un corte, imposible por demás, entre la vida y la historia, entre presente y pasado. La historia no está al frente, sino adentro, y fluye, fluye en la misma corriente donde se sitúa tanto el historiador como el arquitecto. La historia como vida no cierra, no congela, abre, derrite el témpano rígido en que nosotros, por ignorancia, aprisionamos el monumento. Esa fluencia en toda su densa significación, esa corriente donde estamos en lo que el historiador debe descubrir.

Junto a una noción de la historia, presentada como memoria de lo muerto, se puede detectar una notable desinformación sobre una disciplina esencial en el proceso restauratorio: la historia del arte. Recuerdo hace años el escepticismo de una arquitectura ante la capacidad de un historiador para entender el funcionamiento estructural de, por ejemplo, una casa colonial. Realmente, quien tal piensa no sabe en absoluto que es la historia del arte, ni la evolución de dicha disciplina desde el siglo XIX. Hace mucho tiemplo que en la historia del arte dejó de recluirse en la enumeración de acontecimiento y el análisis adjetival, puramente estilístico, del monumento, para devenir en un análisis profundo y crítico del mismo, donde no sólo los elementos y el estilo o estilos allí presentes son su objeto, sino los materiales, los procedimientos constructivos, el análisis estructural y funcional hasta el concepto esencial son objeto de su estudio. No sólo hace la historia de las formas allí presentes y pone el monumento en relación con un contexto histórico e histórico- arquitectónico, lato e inmediato, sino que también busca revelar algo más significativo donde participa todas las tareas enumeradas: revelar la significación del edificio, su inserción en el arte.

Vista así, la restauración no es, como se ha querido decir con extremada simplificación, "un problema de diseño" porque eso es tanto como no decir nada. Evidentemente que del proceso resultaría un diseño, del mismo modo que al final de

nuestros días nuestra vida tendrá un diseño. Pero la frase, además de inexacta, es peligrosa, pues parece postular la noción de monumento – pretexto, de una libertad absoluta en la intervención, campo de acción donde generalmente quien pierde es el edificio.

La misión del historiador es entablar un dialogo en profundidad con el monumento. Básicamente son dos los instrumentos a utilizar: la documentación y el mismo monumento, que es en sí el documento principal. La sinergia de los factores permite ir afinando la interpretación de ambos y hacerlo además en el contexto histórico-artístico, cuyo conocimiento contribuye a explicar el monumento. No es solamente consultar e interpretar los documentos, sino también identificar en ellos al monumento, lo que con frecuencia no es tarea fácil. Por otra parte, al historiador le resulta absolutamente imprescindible acudir al monumento, estar en él, propiciar y mantener ese diálogo abierto, que es lo que propicia su conocimiento, lo que permite en definitiva que sus puertas se abran. En monumento es el resultado de la historia, de la vida que es historia donde el historiador debe sumergirse, pero a la vez es el laboratorio donde podrá demostrar su hipótesis y comprobar, con mayor o menor felicidad, los asertos de la documentación localizada. Por ello, un estudio cabal del monumento no puede culminar antes de la conclusión de la fase exploratoria en el proceso de restauración; podría, eso sí, presentar un avance del estudio, pero nunca el estudio que podría llamarse definitivo.

En la exploración del monumento, una vez liberado de agregados recientes o inconveniente (y es aquí, nuevamente, donde el historiador puede aportar argumentos de peso para indicar cuáles son éstos), una vez comprobada la antigüedad de los elementos supervivientes, practicada las calas en frisos, pisos y techos de determinar la fisonomía original y los cambios producidos en ella , se completaría el estudio y se podrá comprobar , entre otras cosas , la justeza y pertinencia de lo asentado en aquella fase preliminar del estudio histórico, y por ende la calidad del instrumento documental. Así ocurrió en el Balcón de los Senior o de Bolívar.

Todo estudio histórico exige una fase de maduración y decantación, de convivencia con el monumento. El estudio del monumento es per se una historia abierta que en puridad no concluye jamás, situación magnificada por su artisticidad. Cambia y se enriquece nuestro conocimiento de su historia y de la historia, surgen nuevos documentos, pero también cambia nuestra recepción estética, así como nuestro conocimiento del contexto significante, tanto como los criterios de intervención. Todo contribuye a mantener abierto el proceso; sin embargo, el estudio histórico que se concreta para la restauración y durante sus fases preliminares debe permitir la entrada al monumento y debe suscitar tras el prolongado dialogo, que no concluirá como hemos visto, un cuerpo alterno en la consustanciación alcanzada, instancia desde la cual es posible la comprensión y todas las explicaciones, y a la cual sólo se puede acceder por la vía de un conocimiento exhaustivo y sensible

del monumento. Esto es posible al descubrirnos en el flujo vital secreto y unánime que lo lleva y explica. Esta vida coincide con la nuestra. La dificultad estriba en descubrir su vena, como un hijo de agua en la corriente a la cual confluyen muchos otros manantiales e incluso ríos, y ríos poderosos. Determinar su agua en el agua transforma la corriente. El monumento sólo es rescatable a través de su historia, que es tanto como su vida. El conocimiento de la vida no puede traducirse jamás en una historia plana, sino en un procedimiento riguroso y sensible a la vez que dé la clave para entrar. En ese procedimiento el texto mayor es el monumento, y el estudio realizado apenas el aparato critico que lo acompaña y explica.

En la restauración del Balcón de Bolívar la exploración en el monumento no vino sino a confirmar paso a paso lo recogido en la investigación histórica, y por supuesto, en los documentos: la antigüedad de la casa, el indispensable balcón volado que existía , la asimetría en la composición de la fachada, la existencia antigua de una portada, la ubicación de elemento como la cocina en planta alta, la del aljibe en el patio, las columnas originales, la influencia holandesa y la presencia canaria ; todo ello fue determinado en el estudio histórico .Sin ese estudio previo, configurado en fase exploratoria, qué duda cabe, la restauración hubiera sido completamente diferente, bastará para desmostarlo el examen del proyecto presentado por el arquitecto de la obra antes de conocer el estudio histórico. De hecho, su importancia histórica – arquitectónica hubiera permanecido soterrada y el monumento incomprendido, habría experimentado una modificación similar a la brutal reconstrucción que había sufrido a fines del siglo XIX. Ellos nos conducen a sostener que el estudio histórico no concluye en la elaboración de un texto, los alcances de la investigación deben ilustrarse a través de gráficos y planos obviamente deberían considerarse o discutirse en propuestas de restauración. Sin un estudio histórico confiable no puede iniciarse en lo absoluto una restauración} Para finalizar, quiero hacer mías las palabras de Argan recogidas en un brillante ensayo de 1979 titulado “Ciudad ideal y ciudad real”. Dice Argan: … “por lo tanto es necesario que los historiadores del arte consideren el estudio científico de todos los fenómenos vitales de la ciudad como perteneciente a su disciplina, el cuidado del patrimonio artístico como una metodología operativa que no puede separarse de la investigación científica, y su intervención en el devenir de la ciudad como el tema fundamental de la ética y su disciplina “[(13)]. Entiéndase bien, la intervención del historiador en la ciudad no es el único tema, pero si uno de los temas fundamentales para un ejercicio ético de su profesión. En consecuencia, para un historiador y particularmente un historiador de arte, desligarse del tema del patrimonio histórico de la ciudad o del territorio donde habita es inmoral, o en el mejor de los casos, la actitud de un ser irreflexivo que deambula haciendo memoria de lo muerto.

Citas y referencias

1) SILVA, Rafael Domingo. Enciclopedia larense. Caracas: Impresores unidos, 1942. Tomo II

2) Ibídem, pp. 484-485

3) Era presidente del Congreso para entonces el historiador trujillano Mario Briceño Perozo y Ministro de Relaciones Interiores, otro historiador, Arturo Uslar Pietri.

4) SILVA, Rafael Domingo. La restauración de Monumentos Históricos en Venezuela. Caracas: Imprenta Nacional, 1969. Según se refiere, este folleto fue mandado a recoger y destruir por uno de sus contrincantes, ya en posición de poder, y cuyo nombre aparece citado repetidas veces en las páginas de aquel opúsculo.

5) VILLANUEVA, Carlos. Caracas en tres tiempos. Caracas: Editorial Arte, 1966. P. 10

6) Ídem

7) Ibídem. p. 50

8) Ibídem. p. 181

9) El primer decreto a nivel nacional afectando un sector urbano y no un monumento aislado consagraba la importancia de tres cuadras de la ciudad de Coro, y está fechado en marzo de 1960.

10) ITURRIAGA, José. "Un proyecto de rescate". En: Artes de México, Nro. 1, 1993. Pp. 62-64.

11) ICCROM. Centre Internacional D´Etudes pour la Conservation et la Restauration des Biens Culturels. Roma: R.D.E Editrice. p. 3

12) Información obtenida en la Universidad de Lovaina por el autor.

13) ARGAN, Guilio. Historia del Arte como Historia de la Ciudad. Barcelona: Laia, 1948. P. 83.